

RESEÑAS

ALTHEIM, Franz: *Der Ursprung der Etrusker*. Verlag für Kunst und Wissenschaft, Baden-Baden, 1950, 72 págs., 1 mapa, 8º.

Este estudio del fecundo historiador de la edad antigua sorprende por su contenido, pues trata del origen de los etruscos desde un punto de vista apenas considerado hasta la fecha. No pregunta de dónde llegaron aquellas partes del pueblo que prestaron el nombre a la antigua comunidad etrusca, sino de qué elementos se compuso la etnia histórica etrusca. Resulta que no sólo las colonias etruscas de Italia superior y Campania, sino también de las ciudades del propio foco etrusco no representaron unidades étnicas. "Correspondiendo a la situación participaron lígures, umbros, ilirios, griegos y latino-faliscos en un grado importante. Por lo tanto en la nación etrusca la cuestión de la esencia del pueblo etrusco no puede resolverse de manera alguna en base a los inmigrantes tirrenos... La identificación de tirrenos y etruscos es un absurdo desde un principio. Pues también los camertes umbri, los faliscos, los habitantes de Caere fueron etruscos". Ni siquiera puede decirse que los tirrenos se sobrepusieron como capa dominadora a los itálicos, pues no existió una división lingüística correspondiente a dominadores y dominados. El hecho de ser etrusco fué solamente la consecuencia de una decisión política. Todo esto lo demuestra Altheim con claridad convincente. Acentúa, además, que no es un fenómeno excepcional, y ejemplifica esta afirmación con buen número de casos análogos en el campo de la etnohistoria. Lo que tal vez no subraya bastante, pero que sale con toda lucidez de sus explicaciones, es que se trata del estadio dinámico de la formación de tribus. Cuando ésta alcanza madurez (lo que nunca fué el caso de los etruscos) el período dinámico es reemplazado por el proceso de unificación, que usualmente está acompañado por el desarrollo de una leyenda etnogónica. Los romanos brindan un ejemplo clásico para tal procedimiento. El novedoso tratamiento del problema y la discusión de diversas cuestiones accesorias (como la de los ambrones) hace muy sugestivo este librito.

O. MENGHÍN

BEER, Sergio y Alfredo SACCHETTI: *Problemi di sistematica biologica*, edición Einaudi (serie biológica), Torino, 1952; volumen de 670 págs. con 55 figuras en el texto y 17 láminas en colores.

Este grueso tomo está dividido en dos secciones aproximadamente iguales —cada una firmada por uno de los autores— seguidas a su vez por un apéndice y un epílogo. S. Beer es entomólogo y A. Sacchetti, antropólogo, mas con pareja y durable aplicación ambos han dedicado sus mejores afanes a la sistemática de los seres organizados. En conjunto, el libro es una amplia documentación y exposición de problemas parciales y generales, y sobre todo de proposiciones metódicas con que los autores se disponen a renovar la clasificación actualmente en uso en biología.

Digamos desde ya que a pesar de la inoperante alusión política de sus primeras líneas, la obra contiene un material interesante y jugoso en ambas secciones y su lectura resulta una fuente de sugerencias que se suceden sin interrupción.

Como efecto del afán de libertad y renovación, se hacía en primer lugar necesario un proceso crítico de la clasificación del naturalista, desde Aristóteles hasta nuestros días, y esta reseña la realiza S. Beer en los primeros capítulos, para luego analizar el significado de los caracteres, su variabilidad y jerarquía en la elaboración sistemática, tocando la fundamental cuestión que domina todo quehacer clasificatorio, esto es, la elección de los caracteres y su precedencia. Con relación a los criterios que se emplean en la clasificación (el morfológico, el fisiológico, el bioquímico y el biológico) el autor nos presenta una serie de objeciones apta para demostrar la escasa atendibilidad de tales medios, y éstas son acaso las páginas más eficaces de esta sección. Ciérrase con una exposición de los defectos de que adolece la nomenclatura taxonómica en uso, así como las sinonimias, las leyes de prioridad, etc.

Se inicia en este punto la sección firmada por Sacchetti, quien comienza por asentar que al crear el concepto de demogenética no se limita a las sociedades humanas, sino que abarca todos los grupos y complejos orgánicos de la naturaleza. La demogenética es, justamente, la búsqueda de sus semejanzas y desemejanzas, siempre en consideración de la heredabilidad.

Sacchetti se funda principalmente en los resultados de sus anteriores monografías sobre los caracteres morfológicos del hombre —en especial los del cráneo y del fémur—, mas declara que se sirve de los mismos con finalidad de generalización, es decir, para el 'descubrimiento' y la 'revelación' de un orden existente en los seres vivientes de la realidad natural. Aborda el cometido mediante nuevos procedimientos biométricos, uno de ellos basado en el CRVI (coeficiente relativo de variabilidad inter-grupo) y otro en el ACE (sistema o eje comparativo hereditario de los caracteres), cuyas ecuaciones y procedimiento matemático-estadístico sobrepasan en gran medida las posibilidades de esta reseña bibliográfica.

Es evidente que el autor ha formado su mentalidad de investigador en la frecuentación de la conocida escuela inglesa que, fundada por Galton, recogió sus mayores laureles con Pearson en la revista *Biometrika*. Por fortuna, Sacchetti no ha seguido pasivamente las direcciones metódicas de esa escuela y da prueba

de poseer una intuición naturalista más fina. Esos autores, en efecto, han sido repetidamente acusados desde más de cuarenta años de descuidar el factor biológico para hipertrofiar, en cambio, la abstracción del cálculo algebraico. El mayor aporte de Sacchetti consiste en el rechazo de la elaboración típica de los *Biometricians*, en la que los más heterogéneos factores métricos de una serie en examen: dimensiones próximas a dos metros y otras de pocos milímetros, estaturas corporales y alturas de los labios, luego medidas de significados dispares, como ser diámetros, superficies, ángulos y por fin cifras de proporciones y cocientes, todas se sumaban para formar un número único, con violenta distorsión del sentido biológico, así como del común. Sacchetti insiste en la graduación jerárquica de los caracteres y ha trazado una *rueda de comparación* (pág. 371) que pone en evidencia el significado de cada uno con respecto a la variabilidad.

Agudo es el estudio de Sacchetti sobre la correlación de los caracteres y la heterogeneidad racial, especialmente en su encuadre interpretativo (pág. 483) que oscila entre los factores *internos hereditarios* y los *externos o ambientales* (no comprendo, sin embargo, la adición del tercero o *racial*, que de seguro es debido a la transmisión hereditaria). En este asunto, la fórmula de Sacchetti que *no siempre el grado de mayor o menor variabilidad de un grupo es indicio de mayor o menor heterogeneidad racial* es digna de meditar.

De varios lados surgen actualmente corrientes críticas que se proponen perfeccionar el tratamiento comparativo de los datos métricos en la determinación racial del Hombre, y tales corrientes revisten por cierto gran importancia, lo que nos obliga a seguir su curso con atención.

RUNA invitará con este fin tanto al prof. Sacchetti (Córdoba, Argentina) como al prof. Stoliwo (Cracovia, Polonia) a compilar para sus páginas una formulación breve y sobre todo clara de sus proyectos de reforma, excluyendo toda la parte crítica y la exposición de objeciones al uso corriente, para encarar, en cambio, la directa elaboración de los datos seriales. Estamos seguros de que ambos autores tendrán la gentileza de responder a nuestro llamado.

Mientras estas finalidades maduren en el campo de la disputa teórica, nosotros seguiremos en la intensa investigación directa de los pueblos vivientes y de las colecciones de piezas óseas, tal como lo venimos haciendo desde varios lustros. Con respecto a los artificios estadísticos censurados, uno de los cuales acabamos de mencionar, no hay peligro de verlos adoptados en nuestras elaboraciones, por el hecho que ya desde muchos años el que escribe estas carillas ha denunciado su incorrección. Existe, sin embargo, una diferencia entre los autores que reseñamos y nuestra propia conducta crítica, porque mientras los primeros hacen hincapié en la intensidad variativa, nosotros, en cambio, nos fundamos en la inexpresividad biológica y aun aritmética de una sumatoria de heterogéneos.

Con mirada al futuro, pensamos que cuando llegue la definitiva resolución de tan altos problemas estratégicos —si han de llegar algún día— es muy posible que hayan desaparecido de la faz de la tierra muchos grupos humanos de hondo significado y que muchas colecciones se hayan dispersado.

JOSÉ IMBELLONI

BOTURINI BENADUCI, Lorenzo: *Historia General de la América Septentrional*; edición, prólogo y notas por Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, 1948; un volumen de págs. LXVI + 410, con prospectos, láminas y páginas en facsímil.

Optima y fecunda idea la del profesor M. Ballesteros, al dar a la luz este volumen del infortunado escritor lombardo del siglo XVIII, cuyo MS. se conocía desde algún tiempo, exactamente, desde que el profesor J. Torre Revello de nuestra Universidad, escudriñador insaciable del Archivo de Indias, reveló la existencia de los papeles de Boturini en ese inmenso repositorio de Sevilla. Impresiones como ésta son un valioso regalo para los americanistas y para las personas cultas en general, y demuestran que el profesor M. Ballesteros está siguiendo en su actividad el muy noble y meritorio camino de su predecesor, Don Marcos Jiménez de la Espada. La belleza intrínseca de la publicación, el cuidado puesto en las notas y el amor con que nos presenta la obra y la vida de Boturini, revelan en el profesor Ballesteros no sólo el cuidado de un erudito de abolengo, sino la atención afectiva y cordial de un cálido admirador del pensamiento del ingenioso escritor italiano, que pagó con dolores y angustias infinitas el honor de ser el iniciador de la historiografía crítica del Antiguo México.

El diseño de Boturini ya nos era conocido por su obra *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, impresa en Madrid, 1746, en la que nos brinda una suerte de programa y sinopsis, mas siempre se remite a su actividad futura. Superfluo es agregar que con la frase 'América Septentrional' que actualmente suena tan impropia a nuestros oídos, Boturini entendió indicar lo que hoy llamamos Mesoamérica, y en especial la zona Tulteca-Azteca; sólo en los últimos tiempos se ha impuesto el criterio de evitar que una mera observancia de la geografía elemental produzca tamaño absurdo arqueológico y etno-histórico.

El MS. que ahora se publica constituye el primer tomo de la *Historia General* y abarca únicamente la Cronología; ello no excluye que de muchos puntos de vista es el sector más apetecido por los conocedores de la *Idea*.

Con gran sentimiento debo renunciar ahora a glosar los 25 capítulos de esta *Historia*, densa de contenido substancioso, cuya lectura recomiendo a los calendaristas mexicanos, pero mucho más intensamente (en especial los capítulos 2, 3, 12, 19 y 20) a los lectores de mis escritos sobre el Pensamiento Templario y de mis estudios del sistema filosófico de G. B. Vico, que el profesor Ballesteros ha tenido la amabilidad de invocar a menudo en sus notas para ilustrar el concepto básico de Boturini.

Constituye este volumen el tomo VI de la colección "Documentos inéditos para la Historia de España", magnífica publicación sostenida por ilustrados bibliófilos y mecenas españoles.

JOSÉ IMBELLONI

BOYD, William C.: *Genetics and the races of man, an introduction to Modern physical Anthropology*; Boston, 1950 (D. C. Heath & Co.), libro de XVII + 453 págs., con 53 prospectos, figuras y mapas esquemáticos.

Respaldado en una serie de publicaciones de su firma que se han sucedido en las más acreditadas revistas de inmunología y bioquímica en los últimos veinte años, y en la autoridad científica que se tributa a su actividad profesional y docente, el prof. Boyd acaba de editar el volumen cuyo título encabeza esta reseña, y comienzo por agradecerle la cortesía que ha tenido al remitirme tan estimable novedad en el terreno de nuestros estudios. Me es gustoso anteponer a toda otra observación de método o de contenido, que esta obra representa un esfuerzo meritorio, y su estudio no puede faltar en la ejercitación mental de los especialistas que se preparan para las duras luchas que en el horizonte de la antropología se están perfilando en la actualidad con caracteres de intensa perturbación, entre la prudencia a veces excesiva de los 'clásicos' y el entusiasmo a menudo escalofriante de los 'innovadores'.

El núcleo y el propósito de este libro ya estaban contenidos en la monografía de 1940 del mismo autor: *Critique of methods of classifying mankind*, folleto de importancia poco común por la vehemencia con que afirmaba su tesis: que todos los caracteres que han empleado hasta hoy los antropólogos en la clasificación humana adolecen de serios defectos, mientras han descuidado el criterio serológico por la razón que los grupos sanguíneos desvirtúan sus prejuicios sobre la raza; que, en cambio, la verdadera y científica 'antropología del futuro' se apoyará esencialmente en los tipos de sangre y en otros caracteres complementarios, como la reacción a la fenil-tiocarbamida, etc. La justificación de esta preferencia tan absoluta es que tales criterios, de carácter bioquímico, no son susceptibles de adaptación al ambiente (*no adaptive*) contrariamente a la estatura, las proporciones del cuerpo, la forma del cráneo y la forma y color del cutis, iris y cabello, que serían variables por imperio de las causas exteriores (*adaptive*).

Sobre esta urdimbre conceptual el prof. Boyd ha venido tejiendo durante los años de 1940 a 50 la trama del libro que hoy ofrece a la crítica; libro organizado ya con abundancia de articulaciones, especialmente en sus relaciones con la genética —en que el autor es maestro— y la estadística —en que ha seguido las formulaciones de Wright y Haldane— no dejando tampoco de ampliar el ya dilatado panorama e incluso tocar la materia profética en su XIII capítulo: *Man's future* que es la expresión de una acendrada 'tecnocracia' aplicada al hombre. El esquema, sin embargo, queda inalterado en sus líneas principales con respecto a la memoria de hace 10 años, a pesar de presentarse ahora cada parte más nutrida de páginas y diagramas; la demostración de la falacia de la antropología 'antigua' está confiada a los primeros siete capítulos; las posibilidades de la clasificación serológica a los caps. IX y X y la explicación de otros caracteres a los capítulos XI y XII.

Nosotros no pensamos objetar las posiciones fundamentales de Boyd, cuyo impulso espiritual más operante es la convicción que la antropología física debe ser renovada *ab imis*, porque sus visiones y métodos han envejecido. Somos

también nosotros partidarios de una renovación de la antropología, junto con otros muchos especialistas, mas se observa una notable diferencia de conducta entre los innovadores que se muestran poseídos por ardores apostólicos y los que prefieren proceder con cordura, para no tirar al canasto los inmensos tesoros recogidos en la época 'clásica', cuya obra ciertos círculos desprecian desmedidamente. Tampoco pienso objetar la utilización de la genética, y todos podrán ver en mi ensayo sobre *The peopling of America* (difundido también en EE. UU. por medio de antologías) qué gran apoyo presiento en la genética para el perfeccionamiento de la clasificación racial; mas, naturalmente, yo hablo allí de su aplicación a los caracteres morfológicos, que se ven reducidos en la obra de Boyd a un papel indiferente o negativo. Si, por fin, me dedicara a defender la importancia de los caracteres arquitectónicos del cuerpo humano (captados métricamente o por medio de apreciaciones sintético-artísticas) demostraría desconocer que en este terreno la conducta despreciativa y la valorativa no son imputables a un autor como persona, por ser fenómeno de colectividad. Una cuarta parte del volumen (pp. 82-183) está consagrada a la exaltación de los postulados de la *environmentalist school* —sin lo cual no tendría asidero la postergación de los caracteres morfológicos— mas es honesto reconocer que las páginas 'environmentalistas' de Boyd están concebidas y realizadas con más saber y mejor base de las muchas que estamos acostumbrados a recibir de su país.

En el fondo, si despojamos este volumen de su agudo 'porvenirismo' y de ciertas frases arrogantes dictadas por excesivo entusiasmo (págs. 66, 79, 199 etc.), nos es grato acoger la tentativa del autor, de ensayar las posibilidades que ofrece la isohemoaglutinación en la tarea de clasificar los grupos humanos, pues reconocemos en ella una confirmación de la bondad de nuestros propios esfuerzos en tal sentido. Es —por lo tanto— sólo en este sector, el serológico, que consideramos la obra de Boyd, pues estamos como él convencidos que fué un error desconocer la utilidad de los grupos sanguíneos en la tarea taxonómica (Young, Mendes Corrêa y otros).

Después de tratar la metódica de este nuevo criterio clasificatorio y de resumir históricamente las clasificaciones de razas propuestas por sus antecesores, en especial los más recientes: Ottenberg, 1925; Lahovary, 1946 y Wiener 1946, pasa el autor a enumerar seis grupos raciales, que define en su prospecto '*the Races defined here*' (p. 268); son los siguientes:

1º grupo primitivo de Europa (*hipotético*) representado por la mayor tasa de *Rb* negativo ($> 30\%$), ausencia de *B* y alto A_2 (sus posibles descendientes, los Vascos).

2º grupo europeo (*Caucasoide*) con Rb_1 y A_2 aún altos, y mixtura de otros genes.

3º grupo africano (*Negroide*) con enorme $\%$ de Rb^o y moderado de *rb*, importante A_2 .

4º grupo asiático (*Mongoloide*) con altas frecuencias de A_1 y *B*, máxima de Rbz .

5º grupo americano (*Indiano*) con Rbz , variables cantidades de *A* (a veces máximas, otras cero) y sin A_2 .

6º grupo *Australoide* con alto A_1 , sin A_2 ; presencia de Rbz , alto *N*.

Limitándonos, más estrictamente, a la sola fórmula americana, hemos de recordar que Boyd se hizo merecedor de una durable gratitud en el campo de la serología de América, cuando en unión con LELAND C. WYMAN publicó en el "Am. Anthropol." el artículo *Human blood groups a. Anthropology*, 1935. Las 20 páginas de ese trabajo constituyeron una auténtica renovación de la serología de América. Mientras antes de esa fecha reinaba la creencia de la uniformidad bioquímica americana predicada por Snyder, he aquí que Wyman y Boyd demuestran su falacia apoyándose en las cifras de Matson y Schrader, Coca y Deibert, Allen y Koerber, Gates, etc., y llegan a demostrar que los grupos A y B existían en América antes del Descubrimiento, y por nada son efecto de mixturas genéticas con el inmigrante de otros continentes. En lo que concierne a Sudamérica, las momias del Perú han mostrado poseer cantidades de sangre A y B. Más aún, los Carayá del Brasil estudiados por Golden (1930) y los Yámana del Estrecho, por Rahm (1931), se caracterizan por figuras serológicas que contienen 333 y 698 de *q* respectivamente. El resultado de las observaciones de Wyman y Boyd y de sus enérgicos corolarios fué saludable en extremo en el panorama de la investigación sudamericana, y de la americana en general: se había roto el encantamiento del "Homotipo serológico" de Snyder, alimentado artificialmente para apoyar el *American Homotype* somatológico de Hrdlička. A partir de ese momento Socarrás, Santiana y decenas de otros investigadores que operan con series numerosas, descubren en Sudamérica la presencia de A y B en poblaciones de irrefutable pureza.

Vuelve Boyd en su libro de 1950 a tomar en consideración ambas series de Golden y Rahm, que habían ocasionado tantos sinsabores a los que prefieren repetir la vieja fábula que en América no se encuentra el grupo A ni el B, por rehusarse a admitir que el Indio, muy lejos de representar un todo simple y compacto, está formado por contingentes de muy variado origen genético. Ya diremos en una próxima publicación de cuáles artimañas lógicas y publicitarias se han valido los que por todos los medios deseaban eliminar el incómodo testimonio de la serie brasileña y la fueguina.

Mas ahora —con indecible sorpresa— vemos que Boyd desautoriza en 1950 lo que él mismo escribió 15 años atrás. De las cifras de Rahm dice que "no han sido confirmadas posteriormente" y de las de Golden que "a causa de la naturaleza sorpresiva del resultado, deberá investigarse de nuevo" (p. 227). Quien compara estas frases con las páginas de 1935, donde las figuras de Golden y Rahm lucían con fulgor de estrellas, se convence que la seguridad de Boyd ha sufrido un debilitamiento integral. Tampoco quedaría en vida el argumento de las momias peruanas —que tuvo tan agudo efecto en su demostración de 1935— porque el autor piensa ahora en la posibilidad que esos cuerpos no pertenecieron a individuos muertos antes que se estableciese el contacto con los europeos (p. 333).

Este capítulo de la serología antropológica americana es en tal medida importante para el concepto taxonómico general, que volveremos sobre él con mayores y mejores indicios; por ejemplo, con las observaciones del Dr. Manzullo en la isla Navarino, que proyectan serias dudas sobre los datos procedentes de otras fuentes sudamericanas recientes. De todos modos se hace evidente que

la posición de Boyd 1935 no se fundaba en un juzgamiento profundo y duradero, como lo hacía suponer su seguridad verbal.

Volviendo al libro de 1950, debo reconocer que gran número de sus páginas y prospectos, así como las demostraciones de particulares asuntos de genética y estadística son de gran utilidad y significado. La obra comprueba en el autor la posesión plena de todos los medios técnicos, mientras sus deficiencias consisten en el *quid probandum*. Por mi parte sólo mencionaré un error en la parte técnica, y es la posición que asigna al llamado 'ojo mongólico' (p. 314, 319) al que confiere la importancia de una conformación morfológica y genética característica. En realidad, no sólo es inexacto confundirlo con el *epicanthus* (ver Aichel 1932 e Imbelloni 1944), sino que no representa tampoco una unidad, pues esa denominación —¡tan impropia!— comprende muchas conformaciones y supone genes ciertamente distintos.

Con respecto a la ambiciosa intención resumida en el subtítulo *Introducción a la Moderna Antropología Física*, debo declarar que constituye la porción menos afortunada del volumen. Las seis razas definidas por Boyd por medio de aproximaciones numerales que revelan un gran optimismo cuantitativo, no son otra cosa que las cinco humanidades tradicionales que las maestras de 4º grado aún suelen enseñar a los niños con el auxilio de cinco truculentos bustos de papel *maché* coloreados en blanco, negro, amarillo, rojo y aceituna. Apartando el agregado de la primera raza (hipotética), son las *quinae varietates principes* de nuestros tatarabuelos, una por cada continente. ¿Valía la pena tanto aparato de crítica y demolición? En verdad nadie puede oponerse al deseo de renovar la antropología, mas habría que evitar que tan fogosas renovaciones nos hicieran remontar a una sensibilidad raciológica que ya empezaba a superarse en la época de Blumenbach.

JOSÉ IMBELLONI

CORSO, Raffaele: *Studi africani*, Nápoles (casa ed. R. Pironti) 1950; 165 páginas.

El ilustre etnógrafo Raffaele Corso, bien conocido por su intensa actividad en el campo del Folklore y más especialmente en el de la Etnografía (en particular de la africana) anuncia en el prefacio que ha tenido la idea de reunir en este tomo un cierto número de monografías de africanística, etnografía y folklóre que ya habían visto la luz en los últimos años en revistas científicas, en actos académicos y en congresos. Piensa el autor haber hecho cosa no inútil ni inoportuna y nos parece justo confirmar que ninguna duda puede haber sobre ello, por cuanto la variedad de las materias tratadas, la erudición puesta en la compilación de las notas a pie de página y en el desarrollo de cada una de las cuestiones especiales, definen este volumen como un reservorio utilísimo de noticias, datos y correlaciones sobremanera preciosos. Las monografías reunidas en el libro son 11, y mientras por una parte tratan temas concretamente africanos, como el velo de los Tuareg, el matriarcado de los Cunama, etc., ilustran en todos los casos y analizan la esencia de una costumbre o rito en forma universal. Esto vale principalmente para la *couvade*, cuyo significado y difu-

sión estudia el autor con cierta amplitud, propugnando la diferenciación de la *couvade* 'propia' de la 'impropia'. Agudo interés despiertan los tres capítulos sobre las 'doce palabras de la verdad' entre las poblaciones árabes-bereberes, los proverbios Galla sobre ladrones y hurtos y las máximas jurídicas abisinias. Una de las partes más originales del libro es el resumen, contenido en el último capítulo, de las manifestaciones del continente africano en relación a la licantrópia; parece que las figuras de nuestro *lobisón* se transforman en Africa en las de hombres-hienas, leopardos y tigres. Todo africanista tendrá en este volumen una utilísima recopilación de datos, especialmente en lo que concierne a los ritos nupciales, cuya difusión geográfica se ilustra por medio de mapas esquemáticos.

JOSÉ IMBELLONI

EWING, J. Franklin S. J.: *Hyperbrachicephaly as influenced by cultural conditioning*; en "Papers Peabody Museum Amer. Arch. and Ethnol., Harvard Univ.", vol. XXIII, Cambridge, Mass., 1950, pp. 1-99.

El autor de este interesante estudio fué llamado a realizarlo por la intuición de que la forma excesivamente achatada en el occipucio que es característica de la cabeza de algunos pueblos —llamados por el craneólogo 'hiperbraquicéfalos' en base al valor numérico extraordinariamente reducido del Índice cefálico horizontal—, tuviese algo que ver con las costumbres de tales pueblos, en particular con el uso de cunas y prácticas diversas capaces de producir en los niños de corta edad los efectos de una aguda deformación artificial. Su atención se polarizó en particular sobre los Maronitas, población del Líbano que por la intensidad del acortamiento anteroposterior del cráneo (I. cef. hor. 88) supera a todos los pueblos sirios vecinos, también ellos hiperbraquicéfalos.

Durante un viaje al Líbano pudo Ewing estudiar métricamente más de 250 cráneos de cementerios locales (cuyas fichas perdió a consecuencia de la guerra) y además una serie de individuos vivientes, en número de 209. A su retorno a América midió 180 individuos de la misma raza nacidos y educados en EE. UU. De la comparación entre la serie de los Maronitas del Líbano y la otra de los Maronitas americanos, trae el autor la comprobación de su enunciado, que el achatamiento del occipucio y la consiguiente hiperbraquicefalía del cráneo maronita tiene su causa en el sistema usado por ese pueblo en la atención de los niños de tierna edad, y la forma de sus cunas. En efecto, el I. cef. hor. de la serie del Líbano es 88, 28 y el de la estadounidense 79, 17.

Divide el autor su trabajo en cuatro secciones: 1, Los sujetos del experimento; 2, El experimento; 3, Generalización del experimento, y 4, La literatura pertinente al experimento y a su generalización. No puede ocultarse que el abuso de la palabra 'experimento' y su empleo ciertamente inadecuado para indicar una serie de observaciones dirigidas a un fin demostrativo, debe chocar a todo antropólogo, a quien de modo alguno es dado 'experimentar' sobre la creatura humana.

Esto no quita que Ewing nos brinde una prueba suficientemente sólida de

que el tratamiento de la infancia no puede ser descuidado por el morfólogo de un pueblo al fijar sus caracteres raciales.

En cuanto a lo que el autor llama 'generalización del experimento', consiste en su tentativa de demostrar que en el mapa de Europa y en el de Asia, las zonas con hiperbraquicefalía coinciden con las zonas donde se usa la cuna para los infantes. Como resultado de su reseña de la literatura sobre las deformaciones, concluye que existe una conexión entre cunas e hiperbraquicefalía.

Hemos leído el trabajo de Ewing con gran interés, y estamos lejos de negar su fuerza demostrativa. Pensamos, sin embargo, que no puede considerarse como definitivo. En otras palabras, no vemos en él un resultado *ad quem*, sino un peldaño *a quo*. Son muchos los problemas que se presentan. En primer lugar, el autor ha limitado su atención a la cuna, sin abarcar la totalidad de los aparatos deformantes que producen efectos similares. Segundo, urge acometer el fenómeno sobre la base de la mecánica biológica. Tercero, surge la necesidad de profundizar las relaciones y límites entre el concepto de la 'hiperbraquicefalización' artificial en el sentido de Ewing y la braquicefalía natural de los pueblos del Asia central. Cuarto, entre los maronitas de EE. UU. no ha faltado algún ejemplar de cabeza con el característico occipucio achatado. No se olvide que la historia y la geografía de la deformación inducen a creer que los pueblos deformadores se impusieron un artificio de mimetización con respecto al mongol, idealizado como modelo de energía y poder. El P. Ewing puede estar satisfecho con esto, porque sólo los trabajos que no tienen originalidad dejan de crear nuevas incógnitas.

JOSÉ IMBELLONI

GUSINDE, Martín: *El tipo antropológico del Indio sudamericano*; en "Indian Tribes of aboriginal America" (XXIX Congreso Intern. de Americanistas, New York, 1949), pp. 380-385.

El autor de este artículo, muy perfectamente sintonizado con los escritores que al final del mismo tomo tratan sobre la antigüedad y el origen del Indio sudamericano, converge con ellos en el intento de resolver en 5-6 páginas un problema de envergadura y complejidad inmensurables. Como natural consecuencia, más que una demostración resulta una exposición de opiniones personales, un acto de fe. Para Gusinde, si hemos penetrado su idea a través de las contradicciones, el hombre de Sudamérica comparte el "carácter racial decisivo del hombre americano", y presenta "los rasgos esenciales del mismo, en su mayoría de origen mongoloide". Volvemos, visiblemente, a la vieja fórmula de la pertenencia de todos los Indios a una formación racial única, tal como la caldearon los autores norteamericanos desde Morton hasta Hrdlička, con el agregado de la diagnosis panmongoloide al modo de Huxley. A las desigualdades entre uno y otro grupo indio reserva este autor el mismo tratamiento que les asignaron los creadores del *American Homotype*. Gusinde dice, simplemente: "las diferencias morfológicas que se observan las califico de importancia solamente secundaria, y esos grupos no me parecen ser más que tipos antropológicos locales". Qué entiende designar el autor con la frase "tipos

antropológicos locales” es concepto que escapa por completo al que analiza el texto con la mayor atención. Mientras una vez habla de adaptación al ambiente (pág. 384) lo que caería en la doctrina de la *environmentalist school*, unas líneas más tarde asevera en cambio que “los rasgos típicos que designan a los Fueguinos contemporáneos y a los pobladores de los sambaquis de los demás indígenas, esos mismos rasgos, más o menos, caracterizaban a dichas tribus ya al pisar por vez primera el suelo en su ambiente actual” (pág. 385).

No es nuestro propósito objetar esta exposición de opiniones personales de M. Gusinde, y sólo festejar dos circunstancias. La primera, que con el fin de dar mazazos en la cabeza a los craneólogos de Sudamérica (mencionados en este tomo también por otros autores por medio de recuerdos bibliográficos y con mentalidad del siglo XIX, se avenga Gusinde a traer al tapete el escrito del diletante austriaco Leo Pucher publicado en Bolivia en 1946, en que un comunísimo cráneo afectado por una deformación orbicular (evidenciada por intenso *clivus post-coronalis*) fué presentado como pieza fósil y denominado *Homo ivoensis*, con una irresponsabilidad tan infantil que el escrito nunca fué tomado en serio por especialistas o revista alguna.

La segunda, que el autor exprese sin subterfugio su posición con respecto a mi tabla clasificatoria del Indio. He aquí sus palabras: “permítaseme la declaración franca de que no puedo conformarme con la calificación de los así llamados Fuéguidos y Láguídos”.

Gracias, muchas gracias, por esta clara formulación. ¡Ojalá todos hiciesen uso de tan abierta franqueza! Sería una gran ventaja en todo sentido, porque la oposición dialéctica que configuran ciertas posiciones científicas podría resolverse con suma facilidad, una vez desterrada la ambigüedad y las dubitaciones y atenuaciones impuestas por la obligada *politesse* entre colegas.

¿Que Martín Gusinde no está conforme con los Láguídos y los Fuéguídos? Es una verdadera suerte, pues ello nos autoriza a manifestar que tampoco estamos de acuerdo con muchas proposiciones que Gusinde supone haber demostrado. Dejando a un lado las opiniones sobre el Hombre de América mencionadas más arriba, no creemos en la unidad de los “Fueguinos” tal como Gusinde la concibe con respecto a la civilización y a la craneología, y la enuncia en casi todas sus páginas. Luego juzgamos efecto de una inexplicable insensibilidad tanto hacia los fenómenos orgánicos como hacia los culturales el hecho que confunda en una entidad única al cazador Ona y a los canoeros Yámana y Alakaluf, gigantesco y atlético el primero, de baja estatura y pícnicos los segundos, cuando están exentos de malformaciones. Por fin, no admitimos la clasificación de los Indios del Sud tal como la presenta Gusinde en su voluminosa obra de Viena, y en especial el abultamiento del pueblo Alakaluf, cuyo *habitat* es llevado a cubrir los canales de la Patagonia occidental hasta la altura del Golfo de Peñas, se nos presenta insuficientemente sustentado *auf Grund der Forschungen* del autor, como reza la leyenda puesta al pie de su mapa.

Y para que estas claras y explícitas negaciones nuestras no permanezcan en el estado de meras y breves formulaciones desprovistas de aparato crítico y de meditada prudencia científica, el lector encontrará que en este volumen empezamos a hacer pública la exposición sistemática de una de ellas.

JOSÉ IMBELLONI

HOFFSTETTER, Robert: *La antigüedad del Hombre americano*; en "Boletín de informaciones científicas nacionales", vol. IV, Quito 1952, pp. 794-816.

Fieles a nuestro precepto que el grosor de un volumen no comprueba su importancia, nos ocupamos con cierta holgura de este folleto de 23 páginas, del que podemos afirmar que contiene mucho más —y más ordenadamente expuesto— que algunos gruesos volúmenes dedicados a esta vieja cuestión. El prof. Hoffstetter, muy conocido en los círculos paleontológicos y antropológicos, tiene la rara y encomiable habilidad de la concisión, unida a la claridad y a copiosa información, a menudo fruto de su trabajo personal.

Se distinguen en esta síntesis dos partes de tenor bien definido. La primera, que ocupa la mitad del texto, refiere los diversos medios que la ciencia ha elaborado para conseguir una valuación absoluta del tiempo transcurrido, y fechar la antigüedad de capas y objetos: el de las glaciaciones, el del flúor, la potencia de los sedimentos anuales, los anillos líneos de las plantas y por último el carbono radioactivo, o Carbono 14, que constituye el 'último grito'.

La segunda parte, o concreta, estudia la antigüedad de los yacimientos de Angloamérica, México y Sudamérica, luego la contemporaneidad del hombre con los mamíferos cuaternarios. Sigue un breve párrafo de conclusión, en que se fijan los resultados más atendibles. En estas páginas se concreta lo mejor y más aprovechable del estudio del prof. Hoffstetter, cuya opinión sobre los 'calendarios' geológicos puede aparecer algo optimista.

Entre los datos más notables y útiles señalamos en primera fila los que atañen al famoso Mastodonte de Angalasi y a los yacimientos del Ecuador, tan zarandeados en los últimos años por una copiosa literatura de incompetentes y mitómanos.

JOSÉ IMBELLONI

LUNDMAN, Bertil: *Umriss der Kassenkunde des Menschen in geschichtlicher Zeit*; Copenhagen 1952.

El entusiasta antropólogo de Uppsala (Suecia) que nos envía este librito de 87 páginas más 34 mapas esquemáticos, ha pensado brindar por su medio a los alumnos y a los lectores curiosos una especie de breviario de Raciología realizado de acuerdo a líneas generales geográficas y morfológicas; de ahí su estilo asaz conciso, a veces reducido a puras fórmulas y postulados. La porción del trabajo que forma la base de observación y documentación está constituida por los mapas de distribución geográfica de los caracteres que siguen: tipo craneano, estatura, índice esquelico, índice cefálico horizontal e índices vértico longitudinal, altura prosópica, índice nasal. Siguen los caracteres serológicos, aleles sanguíneos *p*, *q*, *r*, y luego los mapas continentales y corográficos, en total 34 esquemas geográfico-morfológicos. Sobre la base de las reparticiones expresadas en esos esquemas erige Lundman —en los capítulos de sus partes *b*) Europa, y *c*) Otros continentes— una tabla taxonómica de la humanidad,

siguiendo la clasificación de v. Eickstedt en muchas de sus secciones y la más reciente de R. Biasutti con sus colaboradores.

La parte a) Raciología general, y muchos otros capítulos del pequeño libro tratan los problemas de metódica y documentación; es en ellos donde el estilo de Lundman nos pone frente a teorías y normas crudamente expuestas, capaces de sorprendernos por la vehemencia con que se las formula y sostiene. A manera de ejemplos, mencionaremos ya en la primera página la definición de la Antropología como pura ciencia natural (con lo que volvemos a la época de Topinard); la definición de raza en la página 21 y sobre todo la prohibición de considerar como nuevas razas las que se forman ante nuestros ojos en los países de prolongada y estabilizada mestización; la valoración de los pliegues palpebrales como fenómeno morfológico único (pág. 14) a pesar de las muchas clases en que se ha subdividido la que los viejos antropólogos llamaban 'ojo mongólico' y en especial su interpretación como carácter infantil, mientras es una consecuencia del esqueleto óseo.

Estas, y muchas otras aseveraciones en que no podemos seguir al estimado colega upsaliense, nos hacen reflexionar que en su entusiasmo ha intentado quizá una empresa irrealizable. Entre todas las ciencias, es justamente la antropología la que poco se presta para ser tratada con asperidad y rigidez, y mucho menos con discurso sincopado.

JOSÉ IMBELLONI

ROWE, John Howland: *Colonial portraits of Inca nobles*; en "XXIX Intern. Congr. Americanists, New York", vol. I, Chicago 1951, pp. 258-268.

Once páginas densamente impresas, acompañadas por dos láminas fotográficas, cuyo objeto es referir las cuidadosas investigaciones del autor para el reconocimiento exacto de los personajes representados en cinco antiguos retratos de personalidades indígenas, que se conservan en el Museo Arqueológico del Cuzco. Dos de esos cuadros representan a mujeres ataviadas a la manera de la nación Inka, y tres a hombres cuyas vestiduras son una curiosa mezcla de elementos inka y españoles.

El prof. Rowe ha puesto una laudable y tesonera atención en la tarea de individualizar con la mayor corrección a los personajes representados en esos retratos, y cuando la inscripción no pudo leerse a simple vista, recurrió a fotografías conseguidas con el aparato de rayos Röntgen del hospital del Cuzco. Pudo de este modo comprobar definitivamente que el retrato conocido por la imagen de Inka Sayri Topa, del siglo XVI, pertenece en cambio a Don Marcos Chiguan Topa, que vivió en el siglo XVIII.

Todo esto está muy bien, y alabamos la diligencia del Sr. Rowe en el esclarecimiento de un dato artístico e histórico que habría quedado para siempre ignorado, desde que el viajero Castelnau y los peruanistas Urteaga y Cúneo Vidal aseguraron que se trataba de un personaje de siglos anteriores. Yo mismo reproduje la opinión de Urteaga en mi libro de 1946 dedicado a la crítica del Inkario, y el Sr. Rowe, cuyo interés por mis escritos está circunfuso de una

animosa y activa antipatía, me lo reprocha amargamente, con lujo de puntos de admiración. Sería deseable, por cierto, que antes de escribir una sola página todo autor previamente hubiese cumplido la labor de controlar personalmente cada una de las aseveraciones de los escritores en que se funda, con tal agudo procedimiento que le permitiese jurar sobre su validez. Mas en las condiciones de este mundo terrestre es fácil ver que el más escrupuloso escritor no puede realizar totalmente ese trabajo de Hércules, y siempre termina por aceptar algo que han afirmado autoridades y maestros.

A pesar de que la falsa adjudicación es de otro autor, y yo no hago más que reproducirla, agradezco sinceramente al Sr. Rowe la señalación del error.

JOSÉ IMBELLONI

SAUTER, Marc R.: *Les races de l'Europe*, París (Payot) 1952, un volumen de 340 páginas, con 29 figuras y 14 mapas.

Esta obra recentísima está dedicada a los pueblos de Europa y a los políticos, filósofos, geógrafos e historiadores que advierten la necesidad de ahondar la mirada en la Europa de nuestros días, herida casi de muerte por dos espantosas guerras. Sus intelectuales y doctrinarios quisieran saber —dice el autor en el prefacio— si Europa es algo más que un nombre del atlas, y si los Europeos, a través de su diversidad, están dotados para construir una entidad común. Digamos desde un principio que este volumen es la exposición no ya de ideas o ideologías, sino de una síntesis investigativa de alto interés, concebida y llevada a término con gran ambición científica y seguro dominio de fuentes y métodos. Por de pronto, el lector encontrará en sus páginas un estilo de vivacidad única y un interés siempre renovado. Tres secciones forman su contenido: una nutrida introducción y dos partes, la primera retrospectiva y la segunda contemporánea.

La introducción es reclamada por la oportunidad de anteponer al desarrollo del trabajo la estabilización de conceptos y nomenclaturas, luego también los elementos fundamentales de la técnica antropológica en su aspecto más amplio. Se define por tal modo la raza, el pueblo, la lengua en general, y en segundo término los pueblos e idiomas de Europa. Seguidamente el autor consagra un breve tratado a los caracteres con que se determinan las razas y a los procedimientos de laboratorio de que se vale el antropólogo, sin omitir las consideraciones fisiológicas, la serología y la patología racial (páginas 9-57).

La 1ª parte, intitulada "El Pasado", obedece a la conveniencia de brindar un cuadro de la historia formativa de la población europea, y es intuitivo que —de faltar tal esbozo— el panorama de la actualidad resultaría incomprendible. Gran parte de esta sección trata de la prehistoria, de sus grandes etapas, de los hombres del paleolítico, mesolítico, etc. Un segundo capítulo, el V, está dedicado a los pastores, cultivadores y metalúrgicos comprendidos entre la migración neolítica y el fin de la expansión romana. El capítulo VI, en cambio, procede desde las invasiones bárbaras hasta hoy, con el afán de ilustrar con-

venientemente los fenómenos de las migraciones de pueblos y todo otro aspecto de la demografía europea.

La 2ª parte se titula "El Presente" y consagra dos capítulos (el VII y el VIII) a la interpretación y clasificación de las razas y sus agrupaciones con respecto al espacio, lo que da manera al autor de analizar la repartición de los principales caracteres antropológicos: el tinte cutáneo, la estatura, el índice cefálico horizontal y el grupo sanguíneo (pp. 135-171). El resto de la obra contiene la descripción de los pueblos de Europa, reunidos por comodidad de exposición —no ya sistemáticamente— en tres grandes agrupaciones territoriales: I. Europa Oriental y Central; II. Meridional, y III. Occidental y Septentrional. Sus pueblos son estudiados con atención a la densidad de los tipos raciales y respectivos caracteres. Sigue un capítulo (el XII) dedicado a los judíos de Europa y a la cuestión israelita, y por último la conclusión.

Señalamos en calidad de puntos de eficacia más intensa la presentación y crítica de las clasificaciones anteriormente formuladas de las razas del mundo y de Europa (pp. 135-144), la magnífica y clara exposición de las teorías que pretenden explicar la llamada 'braquicefalización' del cráneo humano (pp. 127-130), el cuadro de los movimientos demográficos recientes, incluidas las 'personas desplazadas' de postguerra (pp. 130-134) y sobre todo la enérgica y mordiente batalla contra las sofisticaciones del concepto de Raza, promovidas en determinados ambientes, que sacrifican el saber a la política (pp. 10-15). En esta deplorable disputa, muy indicada para descubrir el grado de flexibilidad moral de cada especialista, no conocemos actitudes más francas y abiertas que las del prof. M. R. Sauter, de Ginebra, y del prof. R. Ruggles Gates, de Londres.

En conclusión, un libro ágil, franco, moderno, informado y utilísimo a toda persona que no quiera repetir, hablando de Europa y de razas en general, las superficialidades del periodismo o las intencionadas sentencias de los políticos.

JOSÉ IMBELLONI

TUCCI, Giovanni: *Sistemi monetari africani al lume dell'economia primitiva*; publicación de la "Rivista di Etnografia", Nápoles 1950; 163 pp. con anexa bibliografía e índice de materias.

El doctor Tucci nos brinda en esta obra una reseña crítica actualizada de las principales opiniones y doctrinas sobre la naturaleza de las monedas, o, con mayor propiedad, de los sistemas monetarios en general, siempre en el ámbito de los tiempos primitivos y de los pueblos 'naturales', para luego enfocar con mayor determinación los sistemas propios del continente africano.

La estructura de esta interesantísima monografía, se hace evidente en la sucesión de sus tres partes: la primera dedicada a mencionar las teorías sobre el origen de las operaciones comerciales elementales, la segunda al desarrollo de las primeras monedas, y la tercera a los sistemas monetarios del Africa. La índole de las primeras es —naturalmente— teórica y crítica, la de la tercera prevalentemente concreta y descriptiva, sin excluir la preocupación genética, en la búsqueda de los itinerarios seguidos en el llamado continente negro por deter-

minados circulantes, por ejemplo la *Cypraea*, los bloques de sal y el thaler. Muy diligente la discusión sobre el 'mercado mudo' que ha dado tanto que hablar en todas partes, junto con el 'cambio-obsequio', y la reseña de las tentativas para definir el circulante y clasificar las monedas. Mas no podemos seguir al autor en su opinión que el mercado mudo fuese forma primaria del comercio, y preferimos creer que éste no se engendró de situaciones de desconfianza mutua, sino de mutuo acuerdo.

La lista bibliográfica que cierra el volumen comprende veinte páginas de títulos y autores y, mientras atestigua la copiosa información del autor, brinda también una ingente plataforma inicial a los estudiosos que entienden proseguir el estudio de esta interesante rama de la etnología, consagrada a las manifestaciones económicas y a las formas iniciales del comercio.

El más autorizado reconocimiento de la obra del doctor Tucci procede del mismo continente africano. La revista "African Studies" que publica la Universidad de Johannesburg, y que es una magnífica expresión de la antropología sudafricana, discute e ilustra ampliamente el libro de Tucci y reconoce que es *particularly valuable*, y "puede usarse como un modelo de introducción al estudio de los sistemas monetarios primitivos, no sólo de Africa, sino en general".

JOSÉ IMBELLONI

WAHLE, Ernst: *Geschichte der prähistorischen Forschung*; en "Anthropos", tomo XLV, 1950, pp. 497-538, XLVI, 1951, pp. 49-112, Posieux (Fribourg).

— del mismo: *Studien zur Geschichte der prähistorischen Forschung*; en "Abhandlungen der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Phil. Hist. Klasse", tomo XXXVI, Heidelberg 1950, 178 pp.

La historia de las ciencias nos brinda dos certezas muy útiles. En primer término que muchos de los pensamientos que hoy día se presentan con la pretensión de modernidad tienen raíces anteriores y a veces ya fueron formulados hace siglos; en segundo término, que muchas ideas de los investigadores anteriores, completamente olvidadas en la actualidad, merecerían reconsideración. Pero no son éstos los aspectos bajo los cuales Wahle trata el pasado de la ciencia prehistórica en los dos trabajos arriba mencionados, el primero de carácter general y el segundo consagrado a una región limitada, el Báltico Oriental. Lo que interesa al autor es el desarrollo intelectual de los estudios prehistóricos desde el tiempo del humanismo hasta la actualidad, tema indudablemente muy atractivo, porque disponemos sólo de pocos ensayos de esta índole en el campo de nuestras ciencias. Desde luego, tal acometida coincide en gran parte con una historia del método; sin embargo, el autor contempla la marcha de las cosas siempre en el marco del desarrollo general de la vida espiritual, prestando así a sus estudios un alcance más amplio.

Es enorme el material de cada capítulo. El cuadro que nos ofrece el autor es riquísimo en detalles y, sin duda, en la mayoría de los casos, acertado. Hay por cierto puntos en los que mi opinión se desvía de la suya.

Wahle, por ejemplo, parece desear que se elimine enteramente el término y concepto de "arqueología prehistórica". A mi juicio esta disciplina es una rama absolutamente legítima y hasta indispensable en el concierto de las ciencias históricas y prehistóricas. Es una ciencia independiente, definida muy bien por su objeto y sus métodos. La prehistoria general como comienzo de la historia universal está, en cambio, solamente determinada por su objeto de investigar lo que fué la humanidad primitiva, pero no tiene un método común a todas sus ramas; es, por lo tanto, una típica ciencia colectiva de carácter sintético que adopta los resultados de varias ciencias particulares para formar su cuadro universal. Esta síntesis nos prestará tanta más satisfacción, cuanto más podamos discernir no sólo los hechos, sino también las causas del desarrollo. Wahle acentúa la necesidad de la investigación causal y tiene razón en ello. Pero no puedo compartir varias de sus opiniones sobre los caminos por los que tenemos que pasar para llenar esa finalidad. Cuando hace hincapié en el hecho indiscutible que individuos talentosos jugaban un gran papel en el desarrollo cultural de los tiempos prehistóricos, no veo el valor histórico de este conocimiento, por no ser posible caracterizar e individualizar esas personas anónimas. El único remedio para historiar la prehistoria es libertar de la anonimidad étnica los colectivos culturales que podemos captar, y vincularlos con las etnias históricas, tarea cuyas enormes dificultades el mismo Wahle ha demostrado en otra disertación suya.

La penetración causal del desarrollo prehistórico se encuentra todavía en un estado sumamente rudimentario; falta hasta el momento toda elaboración sistemática de los métodos respectivos. Lo que poseemos es nada más que un caos de sugerencias sobre la materia. Tengo la impresión que Wahle en sus apreciaciones de los trabajos científicos contemporáneos sigue otro criterio. Para mí, por ejemplo, la *Prehistoria de Europa* de Sophus Müller, obra que probablemente corresponde al gusto de Wahle, es el escarmiento de una síntesis prematura con pretensiones histórico-causales; formó un cuadro muy equivocado del pasado europeo y tuvo consecuencias fatales para nuestra ciencia. Se puede, por supuesto, objetar a cada síntesis prehistórica el defecto de ser prematura, pues en pocas ramas de la ciencia es más rápido y continuo el progreso de la investigación. Si empero entre el gran número de especialistas que reseñaron mi *Weltgeschichte der Steinzeit* —con una excepción— ninguno dijo que el libro aparecía en un momento desfavorable, creo que este hecho tiene su causa en el modo que empleé para enunciar mis ideas: no di una narración histórica que pusiese de relieve las conexiones causales, sino que preferí la presentación analítica, la que es ciertamente esquemática, más apta desde el punto de vista del método para permitir al lector formarse un juicio propio sobre las lagunas de las fuentes y el grado de solidez de las conclusiones generales, que no faltan en el libro. Wahle cree que justamente esta estructura de mi libro, que califica amablemente como "monumental", fué la causa de su "efecto limitado" y del hecho que no encontró un sucesor. A mi parecer la causa es otra. Si mi libro tuvo menos influencia de lo que se debiera esperar, las primeras causas son el interés escaso para semejantes problemas entre los prehistoriadores alemanes, y la prevención que reinó en muchos círculos científicos alemanes contra mi modo de ver las cosas. No queremos pasar por alto que la escuela "vienesa" de prehistoria y etnología no

fué asunto grato en el tercer Reich. No obstante, influyó mucho sobre los historiadores y sociólogos. Por lo demás desconté siempre con clarividencia que el eco de mi libro sería mucho más vivo en el extranjero que en Alemania, particularmente en la cuestión del "sucesor", o mejor compañero. Wahle no menciona figuras tan destacadas como el malogrado George Montandon. También Montandon eligió en sus grandes obras sintéticas la forma analítica para la presentación del material. No creo justo el criterio de Wahle, según el cual el modo analítico de considerar y presentar los hechos "conduce fácilmente a meras construcciones, como en el caso del tratamiento puramente tipológico". Más bien me parece que la época de escribir una prehistoria universal bajo el punto de vista dominante de la causalidad no ha llegado aún hasta la fecha. Tenemos que ganar primero la unanimidad sobre innumerables hechos fundamentales, como —por ejemplo— en la cuestión indoeuropea. Con Paul Kretschmer y otros soy más que nada partidario de la teoría del origen norte-europeo de los indoeuropeos, mientras que Wahle consiente con aquellos que defienden el foco primordial asiático. ¿Cómo podremos planear la historia causal de la prehistoria, en tanto sigan discutiéndose entre los especialistas problemas de tal importancia?

O. F. A. MENGHÍN

